

Suscripción:

En Murcia,
50 ets. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Año II.

Murcia 28 de Marzo de 1889.

Núm. 27.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 25 céntimos.

Redacción y Administración
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.**NUMA**

(CUENTO DE MI ABUELA)

I

Aquella noche, mi amigo Claudio se empeñó en que fuera yo el cronista de algún asunto real ó ficticio, supuesto que hasta entonces todos los contertulios habían contado algo, menos él y yo.

—No te excuses hoy y danos con ello una prueba de tu numen literario.

No me hice de rogar y dije á mi auditorio:

—La petición de ustedes trae á mi memoria lo que yo hacia allá por el tiempo en que apenas se distinguen las sombras de la luz, y en que empieza á latir el corazón á impulsos de caricias y dulzuras; en aquella época solía encaramarme por las rodillas de mi abuelita, y la decía, ávido de dormirme en su regazo: «Cuentame un «cuento.»

Entonces aquella venerable anciana, de la que todavía resuena en mi oído el eco entrecortado de su voz, seca por el tiempo y apagada por las postreras vibraciones de la vida, apretaba sus pálidos labios sobre la tibia redondez de mi mejilla, y, casi siempre complaciente, comenzaba en estos términos: «Pues, señor; este era ver....»

Una noche en que el vendaval azotaba los muros del jardín con las ramas de los limoneros, y en que sonaban como quejidos por lo alto de la chimenea, corrí amedrentado á esconderme entre los brazos de mi abuelita, que me apretó entre los suyos, y para desvanecer mi sobresalto comenzó muy quedito á mi oído á narrarme esta historia:

II

—«Había en una ciudad muy grande y muy hermosa un soberbio palacio, en el que habitaba un magnate rico y poderoso á quien Dios había colmado de beneficios en premio de sus virtudes. Tenía un hijo pequeño, de cabellos rubios como la seda de las espigas, y era blanco como la pálida tez de la aurora; se llamaba Rodolfo. El príncipe, su padre, adoraba en él, porque era el solo descendiente que vivía de su familia.

El único compañero de Rodolfo, con quien compartía sus infantiles horas, era un hermoso perro de San Bernardo, llamado «Numa,» que devolvía la solicitud y el cariño durmiendo á los pies de su pequeño amo y lamiendo sus delicadas manos cuando le daba el pan.

Una tarde, acompañado de su aya, jugueteaba Rodolfo con su perro por la orilla del mar; más allá, obedeciendo á misterioso impulso, se alzaban las olas unas contra otras, crecían más y más empenachándose de hirviente espuma y con estruendo impetuoso se precipitaban sobre la playa, para morir deshechas y humilladas contra la arena, del mismo modo que concluyen y se deshacen todas las grandezas de la vida.

Por aquel encrespado mar surcaba, ansiosa de ganar la orilla, la débil barea de un pescador; no podría resistir, seguramente, el empuje de la resaca é iba á zozobrar, si Dios no había de impedirlo. Rodolfo y su aya, presos de congoja, quedaron quietos y mudos ante aquel espectáculo; de repente desapareció aquel barquichuelo bajo una ola arrasadora.

—Habrán perecido,—dijo el aya á Rodolfo.—Vámonos, hijo mío, á rezar por esos desgraciados.

Pero entonces notaron la ausen-

cia del perro; por las mejillas de aquel niño rodaron dos lágrimas de pesar, y entre aquellos sollozos no dejaba de repetir:

—«Numa,» «Numa,» ¿dónde estás?

Aquel animal; dotado de un poderoso instinto, nadaba mar adentro en socorro de los naufragos, consiguiendo, tras lucha vigorosa, arrastrar hasta los pies de su atribulado amo el cuerpo, vivo aún, de una niña, rubia como él.

Su desgraciado padre quedó en el fondo de aquel abismo.

III

Andando el tiempo, se celebraron en el palacio del Príncipe las bodas de Rodolfo con aquella niña salvada de las aguas. El amor unió aquellos dos corazones, y el hado quiso que de las mismas garras de la muerte naciera el sol de ventura de aquella huérfana; pero el infortunio, que anda siempre alrededor de los mortales, logró cobijar bajo sus negras alas á aquellos dos seres, sucedió que un día Laura, la esposa de Rodolfo, mandó arrojar al mar á «Numa,» porque el viejo y achacoso perro había manchado la falda de su traje de brocado con las úlceras de su descarnado lomo.

Aquella ingratitud no pudo por menos de herir á Rodolfo, que increpó duramente á su esposa por semejante villanía. Desde entonces comenzó á nacer, y más tarde á echar raíces en el corazón de aquel hombre, la desconfianza; concluyendo por aborrecer á la que había sido el sabroso encanto de su existencia.

Un día, por fin, los dorados resplandores de aquel palacio se trocaron de improviso en negros crespones de muerte. Laura había amanecido en su lecho con el corazón atravesado por una daga, en el po-

